

FRAY GERUNDIO.

MI PASEO POR LA RONDA.

Las convalecencias suelen ser como las mugeres, como los filósofos, como los hijos únicos, como los grandes de España y como la opinion pública, es decir, caprichosas. Y por un efecto de este capricho diome el antojo, á mi FR. GERUNDIO, de hacer mi primer paséo de convalecencia por las afueras de Madrid, donde al menos podia prometerme marchar sin los tropiezos continuos, sin la eterna colision que embaraza el paso por las calles céntricas, por las cuales es menester ir siem-

pre culebreando, siempre hurtando el cuerpo, siempre marchando á lo gobernante, es decir, tortuosamente, y siempre huyendo de las dificultades que de frente se presentan, á guisa de ministro interpelado. Para marchar por las calles de Madrid sin comprometer el cuerpo á un empujon es necesario poseer la intriga de andar; el que marcha francamente por ellas se espone á ser atropellado á cada paso: la intriga cortesana de los palacios, secretarías y oficinas refleja hasta en el espejo público de las calles: el forastero observador no necesita mas que salir de su casa para conocer lo que le aguarda en los salones donde piensa despachar las diligencias propias.

Al efecto, aprovechando uno de los dias claros y serenos de la presente semana, y poniendo en ejercicio la soberanía individual, por desgracia única verdadera que se reconoce en los tiempos presentes, encaminé mi reverendísima humanidad por la calle de Toledo, larga como el plazo que señaló la Regencia para la reunion de las cortes, y que arrancando de la plaza misma de la Constitucion va descendiendo gradual y continuamente como el prestigio de los que suben al poder, hasta rematar en el matadero: y al llegar á su término se olvida uno de su origen, como los ricos improvisados y como los gobernantes que salen del pueblo, esceptuando de esta regla al alcalde 1.º de Sevilla, que en edicto del dia 8 se encabeza: « *D. Gabriel Diaz del Castillo*, POR LA VOLUNTAD DEL PUEBLO *alcalde 1.º presidente &c.* » Sin embargo que los compromisarios fueran 29, y

á él le votáran 15, que no es la primera vez que á 15 hombres se los llama el pueblo.

La calle de Toledo empieza en su primer término literaria, científica y aristocráticamente, y concluye en una democrácia pura (aunque no limpia), en una democrácia enteramente iliterata y plebeya: porque en su principio se encuentran los estudios de San Isidro, la sala de Jurados, la Academia filarmónica matritense y el Instituto Español, y en sus postrimerías no se halla otra cosa que despachos de vino, posadas para arrieros, tiendas de comestibles, y mugeres peinándose al sol á la puerta de la calle. Es una calle con cabeza de corte, y pies de pueblo.

Salió mi paternidad pues por la puerta de aquel nombre, y dirigiose por la parte exterior de la ronda, ó sea por fuera de las tapias de Madrid, á entrar por la de Atocha, no sin echar antes una mirada al sitio donde espían capitalmente sus crímenes por sentencia del tribunal los asesinos y ladrones pobres, que los ricos que sacrifican mucha gente y roban por mayor, esos no mueren en la Puerta de Toledo, á esos los dejé en Madrid paseándose en lujosas carretelas, gozando de las garantías y comodidades constitucionales. Entretúbeme un rato en ver los operarios que se ocupaban en limpiar los escombros de las fortificaciones que se levantaron para defender la capital despues que se pasó el peligro, y que se han mandado derruir despues. Acordéme con ese motivo del dictámen de la comision de la cámara de diputados de Francia redactado por Mr. Thiers,

y del presupuesto que se está pidiendo en la actualidad para los gastos de la fortificación de París. Comparé entonces capital con capital, gobierno con gobierno, españoles con franceses, el *por si acaso* de estos con nuestro «¿quién pensara!», y el miedo supérfluo de los unos con la confianza ilimitada de los otros, y dije para mí: «es bobería, nosotros siempre somos el vice-versa de los franceses, y todavía hay quien no lo quiera creer.»

Seguí andando pausadamente, cual el estado de mi salud exigía, imitando en mi marcha y mi continente la pesada calma de aquellos versos de Boscan:

Solo y pensoso en prados y desiertos
mis pasos doy cuidadosos y cansados.

Sin embargo yo aunque iba solo no iba por un desierto, pues había una continuada guarnición ó cenefa de gente sentada al pie de la tapia tomando el sol. Aquí se veía un ciudadano español de sombrero calañés y botín pardo sentado á la oriental, esto es, con las piernas cruzadas, con un canto pelon debajo de las asentaderas por cojín; dos pasos mas allá otro hombre libre arrimado á la pared en pie derecho; y otro mas adelante tumbado á la larga, y envuelto en su capa vieja, de quien me hubiera dicho Jovellanos si por acaso nos hubiéramos encontrado allí:

¿Ves, GERUNDIO, aquel hombre en siete varas (1)
de pardo monte envuelto, de retales,

(1) Imitacion de la sátira de Jovellanos á Arnesto.

de remiendos su capa corcosida, con mas puntadas que de pelos cuentan las enormes patillas que le cubren el atezado rostro, y que tranquilo está roncando al sol? Mira, pues ese, ese es un pobre, que miseria y hambre tiene no mas, y el hambre y la miseria prefiere á trabajar con tal que goce del claro sol las gratas influencias tumbado á la bartóla el ciudadano.

Pero á ninguno de ellos, escepto al dormido, le faltaba su cigarro de la boca. He aqui, dije para mi capilla, una bella coleccion de españoles felices. Ellos no tendrán que comer, es cierto, pero vive Dios que á amor á la libertad y á la independencia nacional nadie gana á estos ciudadanos. Asi doblarán ellos su cerviz á la esclavitud del trabajo como dejarse arrancar los dientes, aunque no tengan qué darles á triturar. Haga vd. á la España feliz con estos elementos, decia yo para mí: y como observase que el papel de los cigarros no era blanco, sino impreso, disimuladamente y como que no hacia nada me bajé á inspeccionar los papeles que en el suelo estaban, y de donde se conocia haber rasgado cada uno el que su cigarro envolvía; y hallé que uno de ellos era una candidatura para diputados, y el otro un fragmento de periódico en que se hablaba de los medios de fomentar la industria nacional. «¡Por vida del chápiro, dije, que no dejarán de servirnos bastante los lindos programas de las candi-

daturas y las bellas producciones sobre la prosperidad pública, mientras no haya un gobierno que haga trabajar á estos gáznapiros en lugar de estarse roncando al sol, ó fumando candidaturas y artículos de economía política!

Mezcladas entre estos españoles rancios habia infinidad de mugeres, unas complaciéndose en ver cómo sus chiquillos se entretenian en hacer circulitos y otras figuras geométricas en el suelo con polvo y barro: matemáticos naturales como Pascal, que descubrió ú adivinó por sí mismo hasta la 32.^a proposicion de Euclides, con la diferencia que estos hacen un redondel sin tener la menor idea del círculo, y sin saber que aquello en caligrafia significa una O, porque nunca pusieron los pies en la escuela: otras egerciendo un reconocimiento minucioso de ojos y manos en la cabeza de los frutos de sus vientres, vulgo espulgando á sus chicos, á aquellos mismos que andando el tiempo han de hacer su carrera espulgando tambien, no cabezas, sino bolsillos al pobre prógimo que atrasmano encuentren, porque no llevan principios ni ejemplo para otra cosa: otras con una criatura en brazos, ó suya ó prestada, que de todo suele haber, le salian á mi paternidad al encuentro con un clamoroso memorial de palabra, apoyado por el inocentito, á quien han enseñado por primeros rudimentos del lenguaje á decir «un ochavito por Dios.» Apenas me veia libre de aquella pretendiente con su apéndice en octavo menor, cuando me acometía uno de estos muchachuelos vestidos á la espartana que ya andan solos y poseen los

principios del arte de pedir: seguía mis pasos con mas regularidad y mas exactitud que sigue un satélite el movimiento orbicular de su planeta, y no habia medio de deshacerme de aquel page improvisado. Al fin tube que obrar á lo ministro cuando quiere libertarse de un pretendiente importuno que le sigue y le persigue en todos sus pasos como una sombra, esto es, dándole algo.

Pero no faltó quien imitára el noble ejemplo de aquel pretendiente sin servicios, como tantos que se conocen, y á pocos instantes me vi rodeado de otra plaga de ciudadanillos de la misma categoría, coetáneos de otros muchachos de mas alta clase que ganan sueldos en las oficinas, y que unos y otros estarian mejor en las escuelas, los cuales se pronunciaron á una voz y formando un solo partido, no como los liberales de la patria gerundiana, ni menos como la diputacion provincial de Madrid que están cinco contra cuatro, y los cuatro escriben contra los cinco, y los cinco escriben contra los cuatro, sino que por unánime aclamacion me pedian, si bien es verdad que disientían en cuanto á las cantidades, pues unos pedian un cuarto, y otros un ochavo. Sus méritos por supuesto eran los mismos, pero esta divergencia consistia en la natural ambicion de cada uno, asi como hay pretendientes que se contentan con una plaza subalterna de provincia, y otros con los mismos méritos que aquellos no aspiran á menos que á una intendencia ó una contaduría.» Dejarme en paz, muchachos, que no traigo que dar.»—Caballero, me repetian seis ú ocho voces simultánea-

mente, un ochavito por Dios, que tengo á mi madre mala. Caballero....» Ya cansado de oirme llamar tantas veces caballero, les dije: «Hé, yo no soy caballero, ¿no veis que vengo á pie?—¿Pues qué es vd.?—Yo no soy mas que FR. GERUNDIO....»
=No bien habia pronunciado esta palabra, cuando oigo decir á mi lado: «¡Oh Sr. FR. GERUNDIO! Bendito sea Dios que le trae por aqui. Yo soy un licenciado del ejército que hace 24 horas que no pruebo un bocado, y espero que su caridad que es tan amante de la tropa.....»

Volví la cara, y ví en efecto un granadero cuya chaqueta rota parecia una tienda de cintería, pues no llevaba menos de diez ú once cintas de cruces de honor, pero cuyo semblante descolorido indicaba no ser mentira lo de las 24 horas sin yantar. El hombre abrió su chaqueta, para lo cual no necesitó soltar sino un boton (verdad es que los demas ojales estaban rotos), y me enseñó su pecho lleno de cicatrices. Por cierto que al mismo tiempo pasó por allí y por poco nos atropella mientras de aquel modo estábamos entretenidos, uno como gefe de Estado mayor paseando en su fogoso y bien enjaezado caballo: *miró á nosotros y siguió.* «Noble guerrero, le dije al soldado; cubra vd. ese pecho, y si es posible escóndale donde no le vea nadie que tenga un sentimiento de patriotismo, porque al fin la afrenta recae sobre la España, y la España es su patria de vd. y la mia.» Le conocí que queria desahogarse conmigo enumerándome sus acciones de guerra, sus esperanzas de premio terminada

que fuese la campaña, los miles que siendo un simple soldado quedaba debiéndole el estado, la crueldad de despojarle hasta del capote en medio del rigor del invierno al espedirle la licencia, el ningun socorro para el camino &c.

Con este motivo, y por si el mal de muchos le podia servir de algun consuelo, como acaecer suele, le hice una pintura del estado en que se encuentran los que actualmente sirven todavía en las filas del ejército, no ya solamente la clase de tropa, sino la misma oficialidad. Casualmente llevaba en el bolsillo varias comunicaciones de diferentes puntos y cuerpos (2) cuya relacion conmovió de tal manera al soldado, que olvidándose de que hablaba con un reverendo, me echó á mis barbas una de aquellas interjecciones con que ellos dan fuerza y energia á sus discursos, y repelandose el vigote en términos que creí se le arrancaba exclamó: «eso no se puede oír: estamos peor que mientras duró la guerra: maldita sea la patria..... perdóne vd., padre, que no sé lo que digo.»

(2) Son tantisimas las comunicaciones que diariamente recibe del ejército mi paternidad, unas firmadas por los gefes de los cuerpos, otras por la corporacion de oficiales, otras por algunos oficiales solos, y otras tambien por soldados, quejándose del abandono, atraso y mal estado en que se encuentran, tanto en el ramo de vestuario como en el de haberes, como hasta en el de rancho, que me es imposible complacer á tantos como piden que hable de sus cuerpos en particular. El hermano Baldome se vive junto á la Cibeles: el hermano Gamboa tampoco vive lejos: el hermano Chacon supongo yo que vivirá en su casa. El ejército anda allá que sé yo por donde: muy lejos: no se vé desde aqui. Ojos que no ven, corazon que no siente,

Hablamos tambien de la recompensa que el gobierno da á los batallones de voluntarios, como los cuatro de nacionales movilizados de Cataluña, que hicieron la campaña años enteros compartiendo los peligros y las fatigas con el ejército, como el de voluntarios de Málaga, y como tantos otros que espontáneamente han peleado en favor de la libertad, y á cuyos gefes y oficiales ni aun siquiera concede la Regencia el caracter de oficiales de milicias, á pesar de haberlo solicitado por ellos los generales en jefe de los distritos. En fin resentidas mis débiles piernas de estar en pie, y resentida el alma de memorias tan poco lisongeras, me despedí del ex-soldado, dándole un consuelo pasajero de otra clase, tal cual permitia la pobreza franciscana: él se fue transitoriamente contento, y habitualmente desesperado, y yo seguí mi paseo por la Ronda.

«Padres y madres que teneis hijos; que no premita Dios que los veais en este estado en que yo me encuentro; sin mas amparo que el de Dios y el de las güenas almas que me favorezcan.» Este era un ciego que sentado tambien al pie de la cerca imploraba en estilo de misionero la caridad de los transeuntes, aunque no en tono tan lastimero y quejumbros como otro soldado sin piernas que mas adelante estaba haciendo iguales ó parecidas exhortaciones. «Voto á mi padre San Francisco, decia yo, que no deja de estar pintoresco y divertido el cuadro que ofrecen las afueras de Madrid! Vive Dios que si por dentro es un infierno, por fuera no le falta un punto

para ser purgatorio.» Algo alivió mi afligido espíritu una alegre música de canto acompañado de violín y guitarra que algunos pasos más allá se oía. Acerquéme al grupo, y eran las tres personas de la santísima ceguera bastante conocidas en Madrid, padre, hijo, y la madre, que más tiene de espíritu que de cuerpo. Cuando yo llegué dió la casualidad que empezaron á cantar la siguiente copla:

Es el castellano viejo
hombre de buen corazón,
y de muy sana intencion
para dar un buen consejo:
no es hombre de gran despejo,
algo pesado y mohino,
y es el fruto peregrino
que su sencillez encierra,
como el fruto de la tierra,
el pan pan y el vino vino.

Me reí de la descripción del carácter de mis paisanos, y seguí hasta la parte posterior del hospital general, donde el domingo se habían quedado mil y quinientos enfermos sin caldo á causa de haberse negado el abastecedor de la carne á seguir suministrando más carne fiada, hasta que reunida con ese motivo la Junta de Beneficencia hubo de discurrir un medio de proveer á la urgentísima necesidad del momento; incontestable prueba del brillante estado de administración en que se encuentran nuestros esta-

blecimientos de beneficencia. Y entré por la puerta de Atocha á tiempo que los dependientes de la Hacienda pública registraban un bulto de ropa vieja que introducía un pobre paisano, por si entre los harapos encontraban algo que debiese pagar *los torcidos* de Puertas, que *torcidos* son mas que *derechos*, y que mientras yo no vea desaparecer semejantes *torcidos*, y los *entueritos* que á su sombra se hacen, jamás podré convenir en que una nacion es libre.

Una vez puesto de retorno en el Prado, las escenas y las decoraciones eran por supuesto de todo punto diferentes y aun opuestas. Coches, carretelas, tilburíes, caballos y caballeros de regalo, era lo que de arriba abajo cruzaba sin cesar. El regimiento 9.º de línea estaba formado, al parecer pasando lista, á las inmediaciones del Museo. «Estos soldados de dentro, decia yo, no tardarán en estar como el soldado de afuera. Aqui está el Museo de pinturas, afuera la Ronda de realidades.» Subi por la plazuela de las Cortes, y vi que estaban retejando el edificio del Congreso. Me pareció muy bien la reparacion, si bien es verdad que en mi entender donde mas reparo necesita aquello es de tejas abajo. Las virtudes que hay sobre el pórtico estaban negruzcas y descascarradas; regularmente les darán un bañito blanco, que es lo que se suele hacer de una á otra legislatura: veremos si este año dura siquiera algo mas que otros el bañito exterior de las virtudes. Los leones han desaparecido de alli: no sé que motivo habrán tenido sus magestades leoninas para emi-

grar de aquel sitio, ó si los habrán llevado tambien para repararlos de su mal estado, que buena falta les hacía, porque á la verdad los tales leones estaban ya como la Constitucion, lisiados en todas sus articulaciones.

Llegué á la celda molido y asendereado, y si bien con poca ó ninguna mejora en la salud producida por el ejercicio del paseo, pero al menos pudiendo decir: «hermanos: quien quiera saber lo que es España y lo que son los españoles, que no lo estudie en las calles céntricas de Madrid: dé un paseo por la Ronda en dia de sol y lo verá.»

Las firmas.

Y tú, TIRABEQUE, ¿qué has hecho en el tiempo que yo he faltado de casa?—Señor, desde la hora misma que vd. salió hasta la hora misma en que ha vuelto he estado leyendo firmas, que si por cada firma que he leído pidiera yo un real, como cierto intendente que no tardará muchas horas en leer esta capillada le pide por cada firma que echa en los avisos para los pagos de amortizacion, cosa que no se ha visto hasta ahora que hay intendentes patriotas; le aseguro á vd. mi amo, que no hubiera sacado hoy mal jornal.—Y de las comunicaciones que te encargué que

repasáras, ¿qué es lo que has leído?—No se lo digo á vd., señor? las firmas.—Pero hombre, las firmas, las firmas: ¿y el contenido de ellas?—Señor, eso lo dejaba para despues.—Por cierto que es un modo particular de leer el que tú tienes, hombre.—Señor, ¿no me ha dicho vd. muchas veces: «PELEGRIN, no hay que creer todo lo que nos digan: lo primero que has de hacer es mirar quien firma las comunicaciones, para ver si es persona que merezca crédito?»

Asi es la verdad, TIRABEQUE; pero en eso se tarda poco tiempo. Y asi dime en extracto, en sustancia, lo que contenian los escritos que te mandé revisar.—Ya le digo á vd., señor, muchas firmas: todavia no sé á dónde llegarán las firmas.—Pues dígole á vd. que está un paso divertido este. Ven acá, majadero, ven acá: vamos por partes: este escrito de Huesca, que es el primero, ¿qué es lo que contiene?—Muchas firmas, señor: no diré cuántas, porque no he tenido lugar para contarlas todas, que en eso estaba cuando vd. llegó; pero yo llevaba ya contadas unas cuatrocientas.—¿Pero y qué atestiguan esas firmas?—No lo sé señor; como principié á leer por ellas, segun vd. me manda, y no habia concluido, no puedo decir de qué será el escrito.

Cansado ya de tanta pesadez, tomé la comunicacion, y vi que era carta y copia de una representacion de los labradores de la provincia de Huesca dirigida el 20 á la Rejencia, pidiendo la supresion del 4 por 100 decimal, y autorizada en efecto con cerca de 500 firmas, las mismas que tanto habian dado que hacer á TIRABEQUE: en lo cual coinciden con lo que la diputacion de Valencia, la de Badajoz y otros han representado á la Rejencia pidiendo igualmente la abolicion de este impuesto, que realmente para el clero ha venido á ser nominal, porque lo cierto es que nada perciben de las Juntas Diocesanas.

Vamos, de esto ya estoy yo enterado, le dije á TIRABEQUE; á ver ahora qué es lo que te dicen de Pontevedra.—Pontevedra 20 de enero.

Si el *era* se torna en *es*, y el *fue* se torna en *será*, lo que *fue* á *ser* volverá, y el *antes* será *despues*.

—Señor, esto es mio, esto es un pelagio.—Plagio querrás decir, hombre; pero no será plagio, sino que el comunicante ó comunicantes habran tomado por testo el epigrafe del artículo de tus oraciones. Sigue leyendo y lo verás.—«Amigo FR. PELEGRIN: el diablo me lleve si no eres adivino.....
—Lee la firma ó firmas á ver quién ó quienes son los que escriben, por si son personas que merecen fé.—Señor, aqui no hay necesidad de ver las firmas: los que dicen que yo soy adivino no pueden menos de ser personas muy respetables.—Vaya, pues sigue.—«El diablo nos lleve si no eres adivino, porque en esta provincia se están cumpliendo al pie de la letra tus oraciones: aqui el *es* es *era*, y el *fué* es *será*, y lo que *era*, *es*, y el *ahora* es *antes*, y segun vamos el *antes* será *despues*, pues el gobierno, por mas que tu amo le *gerundie*, él sigue *conjugando* todavia peor que tú, y revolviendo tiempos con tiempos lastimosamente. Aqui tienes por ejemplo al contador y administrador de Rentas, antiguos y beneméritos militares, que *dejaron de ser* por el gobierno que cayó en setiembre, y luego *fueron* otra vez por la Junta, y ahora han vuelto á *dejar de ser* por la Regencia, que los separó el mes pasado, de manera que los que *fueron* perseguidos por los enemigos de la Regencia, *son* y no han *dejado de ser* perseguidos tambien por la Regencia misma con escándalo de toda una provincia, y con escándalo de la misma provincia otros varios administradores que *fueron* separados por la Junta

y por la opinion pública, *han sido* repuestos por la Rejencia, y *eran* lo que *son*, y *son* lo que *eran*, y alguno de ellos *era*, y *es* tan vidor que teniendo *ahora* como tenia *antes* 8 rs. diarios, *daba* y *da* 6 á un escribiente, y con los 2 restantes ha levantado casa y comprado muchos bienes.....»—Señor, eso es lo que TIRABEQUE no tolerará jamás á la hermana Rejencia, el que eche mano de gente que sabe hacer esos milagros de uñas.

PELEGRIN, mira antes las firmas á ver si son de personas que merezcan fé—Por miradas, señor: quien cita las oraciones de TIRABEQUE no puede menos de ser muy principal.—Y bien, ¿qué piensas contestar al hermano comunicante?—Dos palabras no mas, señor: «hermano Pontevedrino; quien ve su casa ve la agena: en todas partes el *sum est fui* anda revuelto por la Regencia, y lo que *era es*, y lo que *fue está siendo*, y no *dejará de ser*, y esto consiste, hermano Pontevedrino, en que todos *son* unos, y en que estos *hacen* lo mismo que los otros *hicieron* y todos *hacen* y todos *deshacen*, y yo tambien estoy desecho, porque mis oraciones se cumplen, y guarde Dios á vd. muchos años, y no digo mas &c.»

Editor responsable, F. de S. Fuentes,

MADRID:

IMPRENTA DE MELLADO, calle del Sordo, n.º 11.